

Edwards, Jorge. *Adiós, poeta...* Barcelona, Tusquets. 1990, 323 pp.

Por Rita Gnutzmann

El último libro del escritor chileno Jorge Edwards presenta un vasto panorama cultural y político desde finales de los años 40, cuando conoció a su compatriota, el poeta Pablo Neruda, hasta el momento de la muerte del mismo, dos semanas después del golpe militar contra el gobierno de Allende. Ocasionalmente rebasa esa fecha, ya que alude con rápidas pinceladas a personajes y hechos posteriores, llegando de esta manera hasta finales del año 1989.

La abundancia de hechos, fechas y nombres históricos inducen al lector a preguntarse acerca del propósito del autor. Edwards mismo manifiesta en algún momento que el sentido de «escribir memorias» es el de ser «franco», de ofrecer «un retrato verdadero... sin concesiones», aunque reconoce que sólo se puede tratar de la «verdad de la memoria» (p. 276, 281). Parece haberle guiado la idea de escribir una anti-biografía, contra el «culto rígido, retórico» y petrificador de los homenajes oficiales o populistas que convirtieron al Poeta en una estatua.

Pero la abundancia ya mencionada de nombres famosos y fechas recordadas dan muestra de que no se trata de confeccionar un retrato «verdadero» únicamente del poeta sino de toda una época.

Con un estilo ecuánime («diplomatie oblige»!) que consigue el efecto de objetividad, Edwards relata anécdotas y acontecimientos protagonizados por él mismo y por Neruda, a quien le unía una larga amistad.

Desfilan por las páginas de *Adiós, poeta* celebridades políticas como Allende, Frei, Pompidou, Krushchev, etc. y artísticas como Rulfo, Paz, Vargas Llosa, Nicanor Parra, García Márquez, Cortázar, Arthur Miller, Aragón, Evtuchenko...

*Adiós, poeta* perfila varias facetas de la personalidad de Neruda: su actitud política, vital y amorosa, sus expresiones y relaciones literarias.

Con respecto a su actividad literaria falta, por razones obvias, una época importante, la del Neruda de *Veinte poemas de amor* (poemario del que proviene el primer texto citado por Edwards) y del poeta surrealista y angustiado en Oriente que se refleja en su libro *Residencia en la tierra*. El Neruda que aparece por primera vez en *Adiós, poeta* ya es el autor del *Canto general*, de tono épico, retórico y a la vez populista.

Entre las anécdotas Edwards menciona la polémica entre la terna Huidobro-Neruda-de Rokha que alcanzaba tonos apocalípticos por parte de Rokha en *Neruda y yo* (1995) y llegaba a la mala fe por parte del Premio Nobel con respecto a Huidobro. Otras polémicas literarias las mantuvo Neruda en 1966 con los escritores cubanos, firmantes de una carta contra él, entre los que se encuentra Alejo Carpentier, al que trata en sus memorias *Confieso que he vivido* de «escritor francés» (!), «uno de los hombres más neutrales (que) no se atrevía a opinar sobre nada, ni siquiera sobre los nazis que ya se le echaban encima a París» (p. 176), imagen poco favorable del que se presenta como fervoroso luchador antifascista y antifranquista en *La consagración de la primavera*.

Gran parte de la polémica literaria, sin embargo, tiene origen en la actitud política de Neruda, como Edwards muestra claramente, con respecto al poeta Enrique Lihn. Presenta una imagen política de Neruda poco conocida y por muchos rechazada, la del hombre perplejo, revisionista, distanciado de su época de comunista ortodoxo, capaz de creer que en 1970, año de la elección de Allende como presidente, lo que Chile necesitaba era «un viejo conservador» como Jorge Alessandri, aunque por disciplina del partido no votaría por él (p. 210 s.). A pesar de esta actitud «revisionista» nunca criticaría abiertamente al partido.

Por último, queda el aspecto vital del poeta, relacionado obviamente con los dos anteriores. Edwards nos presente al Poeta como personaje de gustos exquisitos y caros, gran bebedor y sibarita, coleccionista de objetos raros, vestido de trajes caros. Subraya el vitalismo nerudiano y su desconfianza frente al intelectualismo, sin «vocación para los ejercicios dialécticos» (p. 63). No pueden faltar en este retrato las relaciones amorosas, desde su primer matrimonio con la «giganta» María Antonieta Aгенаар; la relación más duradera con «la Hormiga» Delia del Carril (cuñada de Ricardo Güiraldes), veinte años mayor que el poeta; su gran amor de los *Versos del capitán*, Matilde Urrutia y, por fin, sus relaciones amorosas, cuasi seniles, con una joven chilena cuyo nombre queda discretamente en el anonimato. Ni siquiera la enfermedad apagaría el vitalismo del sexagenario.

La vida de Neruda y la de Edwards, porque evidentemente se trata igualmente de una autobiografía del último, transcurre en momentos concretos de la historia y lógicamente se encuentran detalles sobre eventos importantes como el XX Congreso del PC de la URSS, la intervención rusa en Budapest en 1956, la revolución cubana y su posterior evolución, la represión de la Primavera de Praga y la revolución estudiantil en mayo del 68.

En fin, Jorge Edwards, en un texto de lectura amena consigue perfilar un retrato del Poeta en el que abundan las luces pero que no carece de algunas sombras (su egoísmo, despilfarro, vanidad y envidia) y lo que es más, acerca al lector al ambiente político y cultural de toda una época y en un amplio espacio americano y europeo.